

Ponencia: "Las paredes cantan. Transformación socio-urbana a través de la música"**Autor: Lluís Cabrera (Taller de Músics)****Mesa Redonda 3: "La interacción con el entorno social y la misión artística y patrimonial"**

Desde el Taller de Músics podemos explicar la influencia que nuestra institución ha tenido, desde el año 79, en el cambio y la transformación realizada en el triángulo de las calles Príncipe de Viana, Requesens y Ceniza. Zona fronteriza con Ronda de Sant Antoni, Riera Alta y Sant Antoni Abato. Un enclave que hace 30 años se conocía como Barrio Chino de Barcelona.

El Taller es básicamente una escuela de música, pero también un bar club (Jazz Sí), que programa música en vivo cada día del año, una discográfica, una productora artística y un colectivo que se identifica, desde sus inicios, con la problemática social de la vecindad, con sus anhelos de progreso y con todo aquello que se deriva de las relaciones humanas en un barrio que, al menos en el momento de la fundación del Taller, tachaba la marginalidad.

El aterrizaje del grupo impulsor del Taller en este triángulo fue un encuentro de músicos de culturas diversas. Esta mezcla produjo el disparo emblemático, hasta definitorio, del nacimiento del Taller. Este hecho no fue ni pensado ni buscado, se produjo de manera natural, recogiendo las circunstancias de un momento de cambios políticos y sumando la vocación de apertura en la acogida de creadores y artistas de todo el mundo y la pasión compartida por los barceloneses, a los cuales los nuevos tiempos traerían nuevas realidades. A este grupo de personas los unificaba el jazz, lenguaje que los permitiría realizar su tarea pedagógica, pero a pesar de todo cualquiera podía aportar sus propios "mimbres". Catalanes, argentinos, chilenos, uruguayos, centro europeos, nórdicos, japoneses y alemanes formaban un mosaico en el que el jazz aconteció un medio y no una finalidad, per se.

El año 79, aquel encuentro de culturas, aquella plataforma para la diversidad no disponía de una etiqueta distintiva. Eso sí, interculturalidad.

En Ceniza, Requesens y Príncipe de Viana fueron la creación y el posterior desarrollo del Taller de Músics los factores que facilitaron la renovación, el cambio y la transformación del mismo triángulo. Las políticas urbanísticas municipales y otros impulsos institucionales llegaron después.

El crecimiento de la escuela no fue vertical sino horizontal. Difícilmente podíamos extendernos verticalmente, con los bloques de pisos plenamente ocupados. Contrariamente, los locales denominados de negocios, plantas bajas que, un golpe cerradas, servían como emplazamientos de citas esporádicas, o bares de reunión por parte de la delincuencia del Barrio Chino.

on este contexto, pensar en una actividad comercial tradicional habría sido una quimera. Nadie estaba dispuesto a establecerse en los bajos, ni siquiera para almacenar materiales y productos de los comercios de proximidad (Ronda San Pablo, Ronda San Antonio, Urgel). Accesos imposibles, calles estrechas, ocupación de las aceras (coches, motos)... Y ambiente social rozando la quiebra.

Sin embargo, este descalabro, en contraposición al propio crecimiento por fases del Taller, nos facilitó alquilar locales sin vida. Otra cosa habría sido condicionarlos para ejercer una actividad musical sin recibir quejas de los vecinos por la contaminación acústica. La insonorización costosa y complicada se lleva a cabo bajo la mirada atenta del vecindario para evitar aquello de qué la llegada de los músicos supusiera un inconveniente añadido a la ya suficiente ajetreada vida de la zona. Estamos haciendo referencia a casas centenarias, en aquel momento ocupadas por personas mayores.

Alrededor de los años 90, el Ayuntamiento intervino en dos aspectos de importancia capital que ayudarían al cambio: mejorar la iluminación y hacer las tres calles zona para peatones. Antes ya se había aprobado la nueva ley de arrendamientos urbanos, la conocida como "ley Boyer": poner al día los alquileres de renta antigua y anular los derechos de los herederos a disponer de la vivienda, vez desaparecidos el titular o titulares de los arrendamientos.

Estos hechos, sumados a la nueva ambientación que aportaba el Taller de Músics, permitieron el rastreo de la zona por parte de inmobiliarias dispuestas a comprar verticalmente (con los vecinos dentro), con la voluntad de realizar a posteriori la división horizontal, cosa que obligaría a los vecinos a posicionarse ante el dilema de convertirse en propietarios o bien en que la empresa optara por vender a terceros, hecho que comportaría, tras pleitos, juicios y tensiones, la obligación de abandonar sus viviendas.

La tónica general fue la compra, después de arduas negociaciones, intentos de división por parte del sector empresarial ofreciendo condiciones individuales en secreto, etc., etc. Debido a nuestra extensión, como una auténtica mancha de aceite con denominación de origen (Taller de Músics), tuvimos que interceder en bastantes acuerdos, avanzando en estas artes y haciendo valer, en beneficio propio y de la colectividad, la fuerza que le daba al Taller el hecho de ser inquilinos de la parte del pastel que más ingresos generaría a las inmobiliarias.

Este proceso de reuniones y asambleas de vecinos propició la unión y motivó que aquellos quienes pretendían obtener legítimamente una mayor plusvalía en la operación aceptaran el pacto y el consenso, y de rebote, la opción de compra se pudo realizar en unas condiciones asumibles y de equidad. Resulta importante remarcar que a los representantes del sector denominado "especulativo" les asustaba en exceso que los medios de comunicación pudieran hacerse eco de su entrada, con la ley en la mano, pero entrada al fin y al cabo, dentro de un lugar donde además de pisos había locales dedicados a la cultura, el arte y el ocio. Eran conscientes de que el Taller disponía de cierta incidencia en la prensa, la radio y la televisión, y no estaban dispuestos a que se aireara el tema. Este hecho se jugó con acierto y todos salimos beneficiados. Es por todo esto que la buena armonía existente entre el Taller y el vecindario se tradujo también en una complicidad de intereses.

Una vez eres propietario, has de invertir en aquello que es tuyo: adecuación de terrazas, pasar del agua de depósito al agua corriente, condicionamiento de escaleras, poner al día fachadas y balcones... y algo substancial, como es la creación de las diferentes comunidades en cada uno de los bloques.

A partir del año 2000, otras tribus se acercan al triángulo, nueva gente quiere ser partícipe de la situación actual. De manera progresiva se van ocupando los bajos que no disponían de vida. Se instalan estudios de fotografía y pintura, una tienda de instrumentos musicales, y otras en consonancia con la emigración actual.

Pisos vacíos a los tres calles, pocos. Vecinos jóvenes, muchos, algunos son los nietos de aquellos que vivieron el nacimiento del Taller. Durante este largo recorrido, si algo hemos aprendido, es a ser pacientes y a comprender que, ante la dureza de la marginalidad, el diálogo ha de estar por encima de la queja permanente ante instancias municipales y o/gubernamentales. Antes de requerir la presencia policial, en el triángulo hemos sabido dialogar. Intuimos, por lo tanto, que la comunicación ha de aflorar por encima de la represión. Cuando se produce el enfrentamiento, y en algunos momentos ha existido en nuestra isla, ha salido perdiendo aquel que hace las cosas pensando en la bondad del otro.

Creemos que el Taller ha hecho un trabajo positivo apostando hace 30 años por una parte de la Barcelona maldita. Estamos contentos de la tarea hecha y de haber sabido ligar la enseñanza, la difusión y la promoción de la música. Creímos que para esta ecuación era imprescindible la complicidad de los más próximos: las personas que vivían en el triángulo, en la isla, dentro de aquel submarino que finalmente flotó.

Esperamos que iniciado el siglo XXI sepamos mantenernos en alzada de los regalos que los nuevos tiempos nos faciliten. Seguiremos con la tentativa de que los vasos comunicantes fluyan, enseñando que el mestizaje es señal de identidad barcelonesa y, naturalmente, catalana. Nos satisface que el 20% de los alumnos que estudian a nuestras aulas (de un total de 800), planeen desde órbitas no europeas, y que renovamos nuestra apuesta por aquellas tres calles que ornén el de la Duda, aquel con fuente incluida que servía para que algunos jóvenes vecinos la utilizaran para ponerse más enfermos, para matarse con más rapidez.

Hemos de estar agradecidos a la municipalidad que, al ordenar el derribo de un antiguo "meublé", propició sin saberlo que sus faldas albergaran la fuente (la calle quedó convertido en plaza), conservando todavía hoy el nombre. Tanto es que, no obstante, tocando la placa nueva, todavía se puede ver la antigua: "Calle de la Duda, Distrito V". Esto nos permitió continuar cerca de la duda, virtud que, sin duda, nos faculta para seguir aprendiendo.